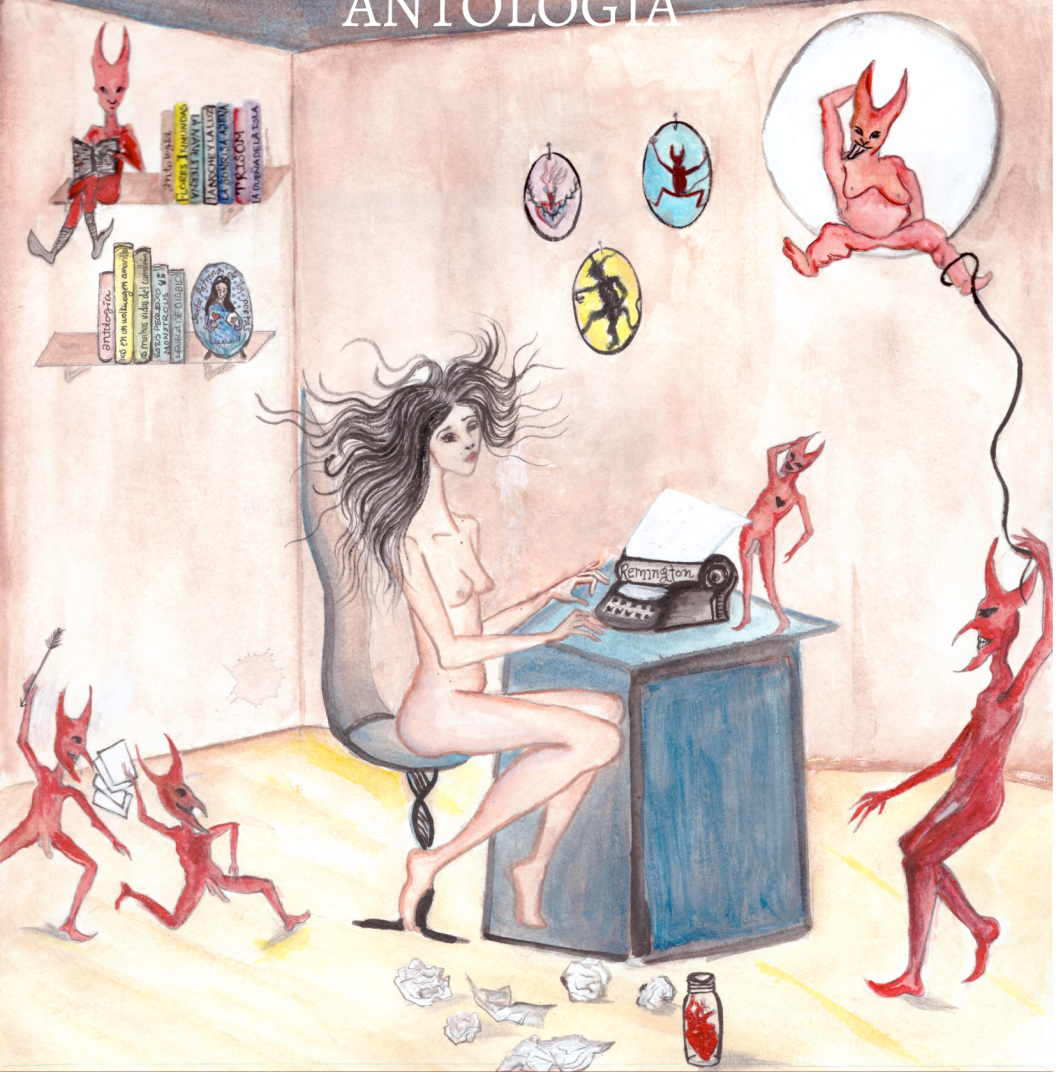


EL DIABLO ME PINCHABA LA CABEZA

ANTOLOGÍA



Damos las gracias a todos nuestros lectores porque a pesar de que el diablo les pinchaba la cabeza han venido a comprar libros de la lengua del diablo y a los autores que participan en esta antología cuentistas y poetas por seguir creyendo en esta pequeña y endiablada chora editorial que cumple seis años de vida.

El diablo me pinchaba la cabeza

Antología digital de cuento y poesía

Sexto aniversario de Lengua de Diablo

Derechos reservados: Los autores.

Derechos para esta edición: Lengua de Diablo Editorial

Ilustración de portada y contraportada: Denisse Buendía

Exvoto: La Lengua de Diablo

Viñetas font *FD J Borges* por Felipe Dário

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma.

All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El autor permite copiar, reproducir, distribuir, comunicar públicamente la obra, siempre y cuando siempre y cuando se cite y reconozca al autor original. No permite generar obra derivada ni utilizarla con finalidades comerciales.



**Attribution-NonCommercial-
NoDerivatives 4.0 International
(CC BY-NC-ND 4.0)**

EL DIABLO
ME PINCHABA
LA CABEZA

ANTOLOGÍA

LENGUA DE DIABLO EDITORIAL
6 AÑOS



LENGUA DE DIABLO
★★★★★
EDITORIAL



POEMAS



Denisse Buendía Castañeda

es activista-feminista, de-generación/79. Adicta al café y otras bebidas espirituosas, ha publicado un par de libros y cuando la palabra no la asiste, pinta.

Una siempre regresa a la oscuridad donde fue niña,

a la diminuta cama donde se reducían en sí mismas la tarde y sus promesas:

un trozo de carne con ojos-anzuelo,

cautiva, coloreando a plumón el nombre de las muñecas.

La vida pasó como un telegrama:

tu padre ha muerto (punto)

no habrá paz que lo contenga (punto)

Desde el olvido la casa parece más pequeña;

solía quedarme quieta en la azotea,

esperando ver caer heridas a las golondrinas,

con los pequeños dardos del vecino del cuarto piso.

Una tarde de agosto decidí perseguirlas,

caí en el árbol de mandarinas, con la clavícula de fuera y mis ojos en el vuelo.

La suicida fue mi madre desatándose las venas en la tina,

el asesino fue mi padre con su crueldad como ejercicio.

(no aprendí a amar sin desmembrarme hasta que murió)

A la memoria, al agujero de tierra oscura donde fui niña

suelen tragársela las hormigas panteoneras.

Siempre regreso a preguntarle:

¿hace cuánto que estoy viva?

¿estoy viva?

La ausencia lo cambia todo,

el modo de sentarse frente a la mesa,
la luz de la lámpara que viene de noche,
el aliento y la memoria.

La ausencia enloda el reloj de arena
somos la misma imagen
diciendo adiós inagotablemente,
y el corazón se vuelve una azotea
y la azotea un insomnio.

La casa isla sin presentimientos,
nos cambia de sitio la ternura y la extraviamos.

Lo cambia toda la ausencia,
enfurecidos prendemos fuego a las últimas flores de la esperanza,
a las letras que el amor guardó,
al cuerpo inasible arrullando vacío.

Todo lo cambia la ausencia,
esa pequeña eternidad donde ya nadie duerme,
solo recuerda.

La herencia rota de tu palabra;

me enseñó los laberintos del armario,
en cuclillas aguardé el espanto de tus ojos,
debí quemar el cielo y no las naves
No me asusta olvidarte sino repetirte;
no puedo hablar de mí y no mentirme,
lo otro, lo verdadero, es indecible.

He prometido olvido

donde el recuerdo de la infancia se quiebre en todas partes.

Padre, el invisible, el cuerpo donde se ocultaban todos los males
el olvido, la lujuria, la decadencia de quererme.

Me heredaste el gusto por incinerarme,

la fascinación por arrancarle a las aves sus alas tornasol.

Fingí llorar al enterrarte,

para mí fuiste siempre un fantasma,

un ser nacido del relámpago,

el miedo que rechinaba debajo de la cama,

cuando desnudo y poseído venías a visitarme.



Máximo Cerdio

Originario de Huixtla, Chiapas.
Ha escrito algunos libros de poesía y le gusta la fotografía.

Dios está ampliando el cielo

Dios está ampliando el cielo.

Desde el terremoto del 19 de septiembre,

los políticos

y uno que otro hijo de puta

de la misma calaña,

se han ganado el cielo

con frases pedorras de ayuda

y consuelo,

asistiendo al lugar

donde los pobres perdieron todo,

tomándose la foto

con prensa vendida

(Fulanita, “usted siempre ayudando a su gente”).

Desde que el guevonazo de Dios

hizo al mundo en seis días

no había vuelto a trabajar a la Tierra,

pero ahora sí le tocó una chinga.

Mientras se afana sonríe

porque supone que

le está ganando a su competencia.

El Diablo, a su vez, está sentado;

se rasca la verija

y se carcajea viendo a Dios

ampliar el espacio para recibir

a las arrepentidas almas.

Al agujero de la calle Hidalgo

El hoyo sobre la banquetta
recibe de lleno los rayos del cíclope celeste.
En el silencio felino de la noche
alguien ve entre sueños que caen por él
todas las estrellas de la vía láctea.
Es el culo de la banquetta de la calle Hidalgo,
un agujero en el alma de doña Lámpara
que pasa de vez en cuando por esa calle
y ve con la colita de rata del ojo
esa negritud tirada a media acera
como un borracho permanente,
como una verruga
en la espalda de la Secretaría de Cultura.
Ese agujero es una escultura al vacío,
un cero perdido en el cálculo de la política cultural del estado.

Memorama

Los últimos oleajes de la noche han dejado
sobre las banquetas de las calles de Cuernavaca
cáscaras de palmas
como extraños animales marinos sin vida.

En el Sur

vecinos de una colonia descubrieron dos cuerpos desmembrados
como capullos en bolsas negras de plástico:
eran unos muchachos que estudiaban la prepa.

“Hay que hablar bien de Morelos
y mirar hacia adelante”, apuntó un funcionario público.

El helicóptero de la policía
sobrevoló mi colonia y las patrullas rallaron la mañana del domingo:
“Secuestraron a una mujer en la calle H. Preciado”,
publicó un portal de noticias.

La primavera entró como un asesino
en la casa de sus víctimas:
once muertos.

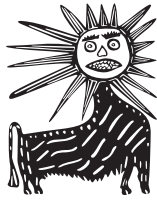
El beso de la muerte

El hombrecito salió del Oxxo con una botellita de plástico en la mano. Caminó lento por la banqueta. Llevaba una gorra verde, pantalones holgados, tenis, chaleco y una mochilita como de niño. El aire era gris, hubo una tormenta el día anterior y el suelo estaba húmedo con algunos espejos de agua caídos.

Por el cerco de los policías en toda la manzana de la sede legislativa no había circulación de vehículos; una que otra persona atravesaba la calle como un fantasma.

Cubriría el izamiento de la bandera como cada primero de septiembre y después iría al Congreso del estado a capturar una que otra imagen desde lejos, porque sus condiciones no le permitirían estar en el centro de huracán si se armaba la gresca entre los policías que tenían órdenes de no dejar pasar a nadie y los manifestantes que habían prometido entrar al recinto legislativo a como diera lugar: más de medio siglo de experiencia le decían que seguramente habría un enfrentamiento y donde hay lucha de contrarios hay buenas fotografías. Ya había construido en su cabeza las imágenes. El hombrecito se paró, abrió la botellita, metió el aire en sus viejos pulmones, levantó su pequeño brazo y le dio el primer beso de la muerte a la Tonayán de a cuarto.

El sol rompió la membrana de niebla al día y los autos comenzaron a circular.





Diana Higuera

Nací de la tristeza, recurro a remedios florales, quizás el único que me ha servido ha sido la poesía.

Lo que nos quedó

Se cierran las puertas.

(ya he olvidado
los ojos que sentencian)

Es que
debíamos tratar,
tratar hasta erosionarnos,
hasta volvernos arena.

Debíamos.

Los secretos,
eran cajas-púrpura.

Y callábamos.
(Eran como una lluvia
de luciérnagas
en una noche-jardín)

Las miradas eran susurros,
súplicas para volver,
para quedarse.

(Para partir)

Éramos llanto de cigarra y pedíamos la lluvia.

Es que debíamos tratar,
debíamos y lo hicimos.
Es que tratamos,
pero no.

Ahora somos tumba,
cementerio.

(Réquiem de grillos que llora)

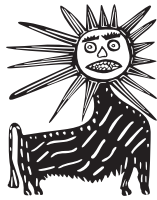
Quedan solos

y son lo último.

La última respiración,

lo último que queda.

Lo que nos quedó.





Miauricio Jiménez

Poetoide con vocación de *clown*
(Chilangotlán de los Imecas,
1979). Está esperando a Waits y
el milagro que vendrá.

El miedo a morir tiene denominación de origen,
lo dejan en la puerta de tu casa
y uno ni siquiera sabe quién carajos es el remitente.

*¡Bang!

—Dime qué es eso.

*¡Bang!

—Tienen que ser cohetes.

*¡Bang!

—Es la fiesta del pueblo.

*¡Bang!

Nos metieron la muerte en los ojos.
Nos aventaron a la cara
la lengua de nuestros hermanos.
Nos rajaron el vientre para meternos un arbusto en llamas.

A la mañana siguiente
vemos al miedo en la primera plana,
chorrea las banquetas del barrio.

*Knock, knock, knock.

El miedo llamó a nuestra puerta
y lo dejamos entrar.





Miriam Ponce

(CDMX 1982)

Trocha profesional, poeta
y mamá de las niñas.

Acuario

Todo resplandecía, lo juro.
Todo era movimiento fosforescente.
Están vivos cientos de ojos tras los cristales.
Era abrumador el sonido del mar ficticio:
ondas marcadas en el agua.
Y entre todos los peces
todas las palabras
mi reflejo
encontró fuego
dentro de un caballo de mar.
Y yo encontré un batiscafo
para el abismo propio
Y la respiración de un ajolote negro,
tan curioso, como los miles
de microscópicos
besos
suspendidos
al rededor.

Urbe posible

Una ballena viene a decirme que nada es imposible.
Me monta en su cola y avanza
en pleno litoral convertido en avenida.
Yo extendiendo los brazos y les crecen plumas,
siento que poseo el aire. Sobre mi rostro
la caricia de las hojas de las palmeras
bailan mientras nosotros transitamos
por la ciudad de las cosas posibles.
Soy un pinzón azul sobre un cachalote.
Ascendemos, estamos solos.
Despertamos en un canto
a la metrópoli aterrada.

Queda hacer del dolor una balsa sobre el mar del miedo.

Tomar las cenizas y transformarlas en océano.
No queda más que estallar cristales a gritos
y después sacar las astillas de las manos como si fueran pétalos
rojos,
dejar caer lágrimas como tintineo de campanas que no paran,
encender veladoras para alumbrar tu camino,
pegarle la cabeza al santo para que mude la plegaria a milagro.
Amar la muerte,
rearmar mi pecho en paisaje de atardecer
con palpitantes nubes enmarcadas de sol y una marialuisa de rayos
de luna -paspártú nácar-
hacer de mi lengua el verso más largo del planeta,
una lengua con ojos con oídos con tierra y mar de arena,
columpiar niñas con el aliento
enseñarlas a volar.

Poema de la sal

Arde la sal en la garganta
al no parar de masticar los granos frescos de mar.
Me pregunto
cómo solidifican las olas
para poder tener sabor a playa en la mesa.
La sal me quema la lengua
minúsculas dosis de veneno
deshacen mi saliva.
Después un adormecimiento del cuerpo
la sangre densa, taquicardia,
cierta punción en el pecho.
Pero vuelvo por otro puño
mastico despacio
oleadas de ansiedad
hasta que lloro o comienzo a sudar
el mar.





Luis Ronces

es un escritor morelense enfocado en la creación de narrativas en novela, cuento y poesía, además de esfuerzos de *storytelling* para marcas.

Nadie le dijo

Infortunio aquel del forastero
que se perdió de noche
por el tacto de dos manos infinitas

Se le ve por la avenida
ya sin cuerpo que le pertenezca,
como brisa
o como agua empecinada
de raíz lejana
desde un recuerdo
que aquí perdura
sin tener que existir.

Pasaje tardío

Aquí los amantes desconocen de tiempo.
Se vuelven charcos a mitad de la calle
en un reflejo de espejismo
propio de los manantiales.

Agua tardía,
de origen desconocido
que irrumpe en lo cotidiano.

La ciudad se encariña con ellos
y los vuelve transparentes.
La gravedad se suma,
para sentir lo invisible.

Camino discordante.
Un cuerpo que escurre.
Brotan ganas de llorar
y nadie más se moja los pies
en un solo clavado,
creando ondas que salpican,
y que empapan a la memoria
del color de la primavera.

Aguacero

La lluvia en la ciudad
suena diferente,
como una canción
que llega a su cúspide
y en la copa del ciprés
se decanta desganada.

Tiene alma solidaria
para el que ve por los cancelos
y escucha en esta lluvia melódica
el hueco de una voz
que ya no está.

Él y la lluvia

Cuando piense en volver
será para empaparme de nuevo.
Para abrir los brazos
en la inmensidad de aquel cielo
y decirle mientras lo veo
lo que la lluvia me susurra
en su caer tan estruendoso.

Al regresar querré guardar por siempre
el destello de un charco donde nos vea reflejados
donde parezca que mis pasos
nunca dejaron de contarse para la lluvia
mientras le hablo de mis días en lejanía.

Cuando finalmente regrese
se habrá terminado su tristeza
porque la lluvia se la lleva consigo al suelo
y la funde en un riachuelo
que en el tiempo
da vida al invierno.

Pienso en volver cada noche de tormenta
al saber que aún separados
los dos vemos lo mismo.
Una melodía tremenda
como el clamor de su sonrisa
que recorre los cristales
en gotas apacibles

cuando la noche nos arrulla
y no para de llover.



Davo Valdés de la Campa
(Cuernavaca, Morelos, 1988).
Escritor y crítico de cine.
Aficionado del helado y el café.

El rito del café

Aquiles murió unos meses después.

Yo quería aprender todo lo que se pudiera del café de él.

Soñaba con llevarle mi grano y que me dijera que había conseguido cosechar café de altura.

Soñaba que aprendía a distinguir lo bueno de lo malo con tan solo olerlo.

Que aprendía todos los nombres y variedades y que eventualmente podría yo también tatuarme un cafetal en el brazo.

A Aquiles lo conocí en Bellas Artes el día que me reencontré con Manuel.

Lo saludé, me reconoció y movió su brazo a la altura de su cintura y dijo:

“la última vez que te vi estabas así”

Luego nos presentó.

Pensé que eran pareja porque

Manuel no dejaba de verle las manos.

Esa vez no vi su tatuaje.

Ahora, en las mañanas cuando muelo

café pienso no en el tipo de grano

que tengo, ni en las manos que lo

cosecharon. No pienso en los árabes

que lo descubrieron.

Ni en la época que viví en Córdoba

cuando todo olía a café.

No pienso en los negros etiopes

que cargaban costales en los barcos.
Todo es simple en realidad.
Soy una máquina que conecta otra
máquina para que prepare ese veneno negro
que bebo con dos cucharadas de azúcar.

Pienso en Aquiles a veces.
En la última vez que nos vimos.
Fue en el aniversario de mi papá.
Cumplía siete años sin tomar alcohol
y yo di un testimonio lleno de
malas palabras. No recuerdo bien qué dije.
Pero sí recuerdo lo que dijo Manuel y cómo
los dos lloraron y cómo al final nos
despedimos con un abrazo tierno.
Poco después, Aquiles murió y
ahora vuelvo a su cafetería y no lo encuentro.

La última vez que visité a Manuel
en la cafetería lo vi pedir un expresso doble.
Fue lo primero que hizo al llegar.
No lo vi beber, ni vi la taza siquiera.
Lo bebió detrás de la barra como escondido.
Pensé que todo era como un rito. Incluso
una adicción del cuerpo. Era la forma
de mantener un secreto, de recobrar su presencia.
Sólo él puede invocar a Aquiles.

(Este) no es otro (tonto) poema de amor

Un poema de amor debería buscar la verdad.
Hablar de las parejas en pijama.
De cómo los chistes tontos suplantán las
pláticas profundas en la pleamar de la noche.
Debería retratar lo que se siente cuando
una mujer se ríe mientras un hombre
está adentro de ella.

Un poema de amor debería
hablar de las mentiras.
De las miradas secretas que
son como códigos para
abandonar una mala fiesta.
Debería de hablar de lo que ocurre
en el baño o en la enfermedad.
Nadie quiere hablar de eso.
Ni de los cuerpos que se deforman
Ni del rostro animal del orgasmo.
Ni de cómo la infidelidad confirma
el amor desconmunal de dos cuerpos.
Este poema es sobre la promesa.
Es sobre los cuerpos quietos
apenas acariciándose.



CUENTOS



Roberto Abad
Narrador

Reversus

Los coches comenzaban a circular. Era una mañana fresca, perfecta para hacer las cosas que no había hecho en la semana, como ir a la lavandería, que, a decir verdad, era linda. Tenía un aire de modernidad con cierta indiferencia en el servicio, y eso me gustaba. Cuarenta bloques metálicos, cromados, en filas separadas, a la orden del cliente. El trato era mínimo, apenas el necesario. Había una recepcionista que supervisaba y decidía qué lavadora debías usar. Eso era todo.

Cuando llegué pedí una. Llevaba mis bolsas de ropa sucia en mano. La joven encargada, que sonreía de manera dulce, indicó que podía utilizar la penúltima del segundo pasillo. Caminé en esa dirección. Un reloj colgado en la pared daba las siete quince.

Sofía, mi vecina, estaba sentada en un banco pequeño de metal, frente a la ventanilla circular de su lavadora, al fondo. Tenía una cara estupefacta y pálida. Vivíamos en el mismo edificio, era maestra de filosofía o historia. La conocía poco, quizá lo suficiente como para saber que en ese momento algo le pasaba. Vestía una sudadera gris, licras negras y tenis blancos. Al verla, inmediatamente, la saludé. Ella levantó la mano a una altura intermedia –entre su quijada y su cuello–, muy despacio, y luego la bajó sin quitar la vista de la lavadora.

¿Estás bien?, pregunté intrigada.

Sofía se volvió hacia mí y, temblorosa, dijo: hice una cosa horrible.

Estudié la expresión de su rostro. Era ella, sin duda, pero de cerca y por su aspecto, parecía otra persona. Hubo una pausa silenciosa. Puse mis bolsas de ropa sucia en el suelo. Tomé asiento en otro banco cerca de ella. Le pedí que me explicara, detalle a detalle, qué era eso *horrible* que cometió. Sofía parpadeó de forma acelerada y pasó saliva.

Fue un error, dijo, un error de humanos, un descuido...

Me llevó un segundo comprender que, aquello a lo que hacía referencia, era grave. Jaló mi mano como si quisiera que me acercara para observar desde su ubicación lo que había descubierto. Accedí, no obstante, con un poco de desconfianza. Empezó a temblar. Me recorrí unos centímetros hasta quedar en la misma distancia en que ella se encontraba con su lavadora.

Sea lo que sea, dije, es mejor que te calmes, nada ganarás culpándote.

Y le hice saber que, aunque no fuéramos amigas, podía contar conmigo para escuchar sus problemas. Suspiró, me miró, miró la lavadora y luego volvió al mismo estado catatónico. Le pregunté si prefería que la dejara sola (mi primera tanda de ropa sucia aún esperaba en el suelo y en verdad quería aprovechar la mañana). Dio un salto acompañado de un grito corto, que sonó como el rechinido de una llanta de coche, y dijo: no, ¡no metas la ropa!

Por detrás de nosotras, un hombre pasó cargando un canasto.

Sofía, como un animal temeroso, se contrajo y pegó su rostro al mío, poniendo el dedo índice sobre mis labios. No deben escucharnos, musitó, al tiempo que abría los ojos de manera exagerada. Se aseguró de que no la viera la engargada y agregó: no me explicó nada, te juro que no. ¿Qué cosa?, repuse.

Cautelosamente, levantó la cabeza, supervisando que no viniera nadie, y regresó a su postura. Te voy a contar, dijo Sofía, como cada sábado, llegué y pedí una lavadora. Esa mujer de allá –señaló a la recepcionista–, me indicó que podía utilizar la diez. Entonces vine tranquila, pensando en lo que haría después de salir de aquí. Eché mi ropa a la lavadora, sin fijarme, te lo juro, no sabía nada; apreté el botón de *inicio* y me distraje hojeando una revista.

Sofía permaneció a la espera de alguna reacción de mi parte, pero no aporté nada. Prosiguió: a los veinte minutos, ella –la señorita– vino corriendo a decir que había olvidado comentar que esta

máquina no servía, que ocupara otra del siguiente pasillo. ¿Te das cuenta? ¡A los veinte minutos! ¡Cuando ya no tenía caso! Antes de sacar mi ropa e irme al otro lado de la lavandería, me pregunté en qué fallaba la lavadora, pues hasta donde pude observar funcionaba igual que las otras. Tuve dos posibles respuestas: o aquella mujer estaba mintiendo o confundía el número de máquina. Para averiguarlo, la destapé y, ay, pude entenderlo todo.

Mi vecina detuvo el relato.

Lo que vi entonces en su mirada fue un deslumbramiento, un gesto infantil repleto de inocencia y culpa. Tomó aire; segura de sí misma, dijo: cuando me di cuenta de lo que había en la lavadora, que estaba lejos de ser mi ropa limpia, supe que era demasiado tarde para revertir cualquier efecto. Y durante un segundo, apabullada, lo único que hice fue contemplar aquel escenario inmenso, que era muy hermoso, de veras. Inmensamente hermoso.

Si no era tu ropa, ¿entonces qué?

Escurrieron unas cuantas gotas de sudor por sus pómulos, y sus labios reseco tomaron un ligero tono violeta. No descarté que Sofía se hallara bajo los efectos de alguna droga. Pero no quise adelantarme y preguntárselo. Porque lo siguiente, de alguna manera, me dio las pruebas necesarias para suponerlo.

No, no era mi ropa lo que estaba ahí adentro –apuntó a la lavadora y completó severamente–: era el universo.

Hubo otro silencio, un silencio ridículo que superó el sonido de las máquinas en marcha. Entonces nuestra presencia fue insignificante en aquel establecimiento. ¿De qué forma debía continuar una charla después de esa declaración?

¿El universo?, agregué con una risa incrédula. ¿Estás diciendo que el universo estaba adentro de la lavadora?

Eso mismo, dijo Sofía, pude ver las galaxias, el cosmos.

Solté una carcajada irrespetuosa; los ojos de Sofía se mantuvieron embelesados. Era una conclusión cómica y sin argumentos. De

acuerdo, pensé mientras la observaba perdida en sus divagaciones, digamos que el universo está ahí, adentro de la lavadora, bueno, ¿qué tiene eso de malo? Verlo de tan cerca ha de haber sido una experiencia afortunada, si no es que única, que no cualquiera tiene. Eso pensé, y entonces me di cuenta que sólo de esa forma, a través de una postura imaginativa, podría entender aquella situación.

Por respeto más que por interés, y con el fin de agotar el tema lo más pronto posible y dedicarme a mi ropa, le pregunté a Sofía cuál había sido su error. Ella respondió: programé la lavadora para que secara la ropa.

Nos miramos con cierta tensión de por medio.

¿Sabes lo que significa?, replicó. Dije que no, por supuesto, y entonces, sin preocuparse de que pudieran escucharla, comenzó a llorar descontroladamente, como una niña que pisó una mariposa por error y al ver su zapato se dio cuenta de que era hermosa.

Siempre he sido lenta para atar cabos. Traté de analizar lo que entendía del acontecimiento. Sofía descubrió el universo en la lavadora, lo limpió y lo secó. ¿Cuáles eran las consecuencias? Ella parecía tener una respuesta pensada.

En el centrifugado, dijo removiendo sus lágrimas, tartamuda: con el cent... t-tri... f-fug-gado cambió... el cu... c-curso del tiem... p-po: el universo no se pro... p-paga más, las estrellas vuelven. ¿Entiendes ahora lo que provocaré?

¿Debía entender, entonces, que el planeta no sólo había empezado a girar hacia su lado contrario, sino que además ahora retrocedía, junto con todo el universo, hacia el punto de origen, y que esto desembocaría modificaciones en el tiempo, vivir cosas por las que ya hemos pasado (las guerras, las fases climáticas, los acontecimientos), hasta llegar a un colapso final?

Un *Big Bang* invertido, dije, contestándole. Y ella suspiró.

Como si lo hubiera memorizado, explicó: las galaxias chocarán entre sí por la fuerza del regreso y el impacto nos condensará en

una sola masa, un solo cuerpo cósmico. A partir de hoy, sin saberlo, viviremos en un presente con dirección al pasado, y todo aquello que hemos vivido, no sé cómo ni por qué, pero lo sé: volverá a suceder.

La miré. Me pregunté si, antes de que ella provocara ese retroceso del que habló, no vivíamos ya en ese sentido, con la convicción de que en cualquier momento volveríamos a lo vivido. Porque así había sido siempre.

Encontré cierta elocuencia en las frases de Sofía, como si hubiera analizado a profundidad las repercusiones de su *error* antes de que yo llegara. Sin embargo, al verla, en mi mente sólo podía pensar en una cosa: crisis emocional.

Repentinamente, la señorita de la entrada se acercó y preguntó si estábamos bien, si podía ayudarnos en algo más.

Oh, Dios, dijo Sofía, ha empezado.

Tomó el cesto en el que traía su ropa y salió corriendo del lugar. La encargada siguió sus pasos con la mirada y luego volvió conmigo, con una sonrisa artificial que abarcaba toda su cara. Esperó unos instantes sin cambiar el gesto.

¿Qué tiene esta máquina?, dije, refiriéndome a la que tenía Sofía.

No sé, contestó, los dueños piden que no la toquemos por nada del mundo. Al parecer, es de uso personal.

Ah, dije, gracias. Y la encargada volvió a su puesto.

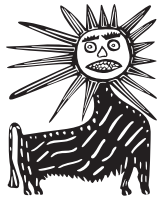
Me acerqué a la ventanilla circular de la máquina de Sofía. La abrí. Su interior estaba oscuro y frío, como el de cualquier lavadora; como el de cualquier universo. Traté de reírme. Pero no pude. Tuve la sensación de no haber comprendido del todo el conflicto de Sofía.

Observé los ventanales que daban a la avenida. Había oscurecido un poco, el movimiento de los automóviles disminuía significativamente. Sin razón aparente, los clientes salieron del establecimiento en orden. La encargada, bostezando, colocó el letrero de *cerrado*

en la puerta y se detuvo a la espera de que yo saliera. De pronto me encontré solo en la lavandería. El reloj de la pared entonces daba las seis en punto.

Cogí las bolsas de ropa y me despedí de la señorita con un saludo incierto.

Lo último que hice fue dirigirme hacia la calle, que estaba silenciosa y casi desierta, como si la gente hubiera vuelto a sus casas después de una jornada de trabajo. Y sin embargo, nada. Un viento frío levantó una hojas secas al filo de la acera. Avancé de vuelta a mi apartamento con la sospecha de que los efectos de los que hablaba Sofía sucedían entonces a mi alrededor. Me detuve, caminé unos pasos y me volví a detener. Observé el cielo que, lentamente, retomaba sus colores nocturnos. Un punto brillante se asomaba titilante en el firmamento. No estuve segura, porque no acostumbro levantar la vista, pero debía ser Venus.





Andrea Ciria

Escritora, correctora de estilo y traductora. “Su único ojo”: cuento con Mención Honorífica en el Primer Premio Nacional de Cuento Fantástico Amparo Dávila, 2015.

La araña del siglo XXI

Clarimonde... ¿por qué la llamo así? No tengo ni idea de cómo se llama, pero es como si sintiera la necesidad de llamarla Clarimonde. Y apostaría a que realmente se llama así, si alguna vez le pregunto su nombre.
Hanns Heinz Ewers

—Hola. ¿Me puedes prestar un lápiz?

Grina viró la cabeza y se topó con una chica blanquísima de ojos verdes y pelo negro que, al igual que ella, cargaba un montón de libros. Sin pensarlo mucho, pese a que la apariencia de la joven, que llevaba una blusa lila casi transparente y falda negra, atrajo su atención, le entregó el bolígrafo que había utilizado para escribir su nombre en las listas pegadas en la pared. En ellas constaban las asignaturas correspondientes al tercer semestre.

—Gracias —sujetó el lápiz con las yemas de los dedos—. Me llamo Aínafipe —asintió con una sonrisa torcida—. ¿Eres de filosofía y letras?, nunca te había visto.

Grina asintió y procuró disimular su asombro por la palidez de Aínafipe.

—¿Escribes tu nombre en el recuadro de las materias y ya? ¿Dónde está el tuyo?

—Ajá —dijo Grina y señaló su nombre en la lista.

—¿Qué materias vas a tomar? ¿Tu nombre significa algo?

Grina se limitó a enumerar las clases que había seleccionado. Luego se arrepintió. Había algo en Aínafipe que, ciertamente, la perturbaba. Antes de que pudiera dar media vuelta y alejarse, su nueva compañera le dijo:

—Listo. Vamos a estar juntas en todas las asignaturas —le regresó el lápiz con cierta displicencia— ¿Nos vemos mañana en... —buscó con la mirada en las listas— en “los clásicos frente al nuevo canon” —leyó en voz alta.

Grina esbozó una sonrisa dubitativa.

Al día siguiente, Grina llegó temprano al aula. Había muchas butacas vacías en la primera fila, pero una araña deambulaba entre ellas. La joven optó por sentarse atrás. Al poco, Aínafipe, arropada con un suéter ligo y negro, con botones lilas, se instaló en el asiento contiguo.

—Hola, Grina. Hoy sí traigo con qué escribir. ¿No te gusta sentarte al frente? Veríamos mejor las anotaciones en el pizarrón.

—Pues sí —dijo Grina molesta—, pero vi una araña.

—¿Te dan miedo? ¿Sabes que son adivinas? Bellas epifanías, tejen el destino del mundo. Aunque mucha gente se niega a conocer qué le depara el futuro.

—Escuché por ahí que el profesor es muy bueno —respondió Grina por decir algo.

Durante la clase, Grina hizo todo lo posible por evitar a Aínafipe que, al término, se puso en pie y le dijo:

—¿Vamos a la cafetería? Debemos esperar más de una hora para la siguiente clase.

Grina tenía otros planes; ilusionada por la tarea que les asignó el profesor, hubiera preferido ir a la biblioteca y leer. No obstante, guardó sus libros en la mochila y asintió. Contrario a lo que imaginó, pasó un rato agradable con Aínafipe mientras bebían café.

—¿Te gusta Hanns Heinz Ewers? —preguntó Aínafipe abriendo sus profundos ojos verdes.

—No he leído nada de él.

—¿Jean Ray, Felisberto Hernández, Henry James?

—Tampoco.

—Bueno, pero habrás leído a Charlotte Perkins o a Amparo Dávila.

—No me encanta la literatura fantástica —dijo Grina, apenada por desconocer las obras de esos autores.

—Ya... es que he visto a una chica en la clase de hoy que se parece a Clarimonde, la mujer de “La araña”.

—¿Es un cuento?

—Sí. De Hanns Heinz Ewers. Era medio nazi, ¿sabes? Un espía.

En la clase siguiente se abordaron los simbolismos en *El valle de las arañas*, de H.G. Wells, lo que aumentó el malestar de Grina por la literatura fantástica, pero sobre todo por Aínafipe.

Al caer la noche, Grina le dijo a sus padres que tenía cosas que hacer y se fue a su habitación. Cerró la puerta y leyó de un tirón el cuento que Aínafipe había mencionado. Quería descubrir qué chica se parecía a Clarimonde, descrita en “La araña” como una mujer pálida de pelo negro y nariz pequeña, dientes *posiblemente* afilados, y ojos grandes muy oscuros.

Por la mañana, en la facultad, Grina se sentó de nuevo en la última fila de butacas. Aínafipe llegó más tarde y encontró un lugar cerca de su amiga. “Lleva un vestido negro con detalles lilas, como en el cuento”, pensó Grina mirándola con fijeza. Cuando el profesor dio por concluida la clase, Grina se percató de que Aínafipe cubría su rostro con las manos. Insegura, se acercó a ella:

—¿Estás bien?

—Sí —respondió Aínafipe y descubrió sus ojos. Grandes. Uno verde y otro negro.

Grina la miró estupefacta. El ojo oscuro y el vestido negro, con tenues rayitas lila, provocó en ella un respingo. Recorrió el aula con la mirada y se percató de que estaban solas. Negó con la cabeza y se sintió estúpida. Tocó el hombro de Aínafipe y dijo:

—No se te ve bien. Tu ojo.../

—¿Qué hay con mi ojo?

—Se ha puesto negro.

—¿El derecho o el izquierdo?

—El... izquierdo.

—Con razón... uno mira el tiempo y el otro la eternidad; pasado, presente y futuro condensados en una imagen —hizo una mueca—: ¡Tienes que encerrarme! ¡Rápido!

—¿Qué cosa?

—Tendré un brote psicótico —rió con malicia—. Por favor, enciérrame en un baño, una bodega...

Aínafipe comenzó a hablar atropelladamente y a retorcerse en el asiento. Grina corrió a buscar ayuda. Cuando regresó con una enfermera del colegio, Aínafipe había desaparecido. En su lugar, había una araña negra. Era grande y velluda y yacía inmóvil, lista para huir o atacar.

Al día siguiente la facultad estaba cerrada. Un enjambre de patrullas convirtió el aparcamiento en una especie de pista de baile con luces psicodélicas rojas y azules. Grina se acercó a uno de sus compañeros de clase y le preguntó qué había sucedido. El joven bajó la mirada y dijo:

—Un chico de nuestra clase se colgó del tubo de las cortinas en el aula.

Grina sintió una opresión en el pecho. En el cuento del alemán se narraban varios suicidios. La gente se ahorcaba frente a la ventana. Con apenas un susurro, preguntó:

—¿Encontraron una araña en el cuerpo?

El joven la miró estupefacto y, antes de que pudiera responder, Aínafipe se aproximó a ellos:

—No dejé ninguna nota. El destino es un total misterio.

Grina salió de su ensimismamiento y contempló a Aínafipe, que vestía un pantalón azabache y una sudadera lila con vivos negros. Sus ojos, fosas oscuras y penetrantes, se movían inquietos.

—¡Negros, los dos! ¡Fuiste tú!

—¿De qué hablas? —preguntó Aínafile cruzándose de brazos.

—Mira sus ojos —ordenó Grina a su compañero—. Eran verdes.
El brote psicótico. ¡Fue ella!

El muchacho clavó la mirada en el rostro de Aínafile:

—Sus ojos siempre han sido oscuros —dijo extrañado.

Grina retrocedió unos pasos y dio media vuelta. Hizo puños con las manos y se marchó procurando controlar el temblor en su quijada. Al llegar a su casa, pidió a sus padres que no la molestaran. La noticia del suicidio estaba por todas partes. Grina entró en su habitación y cogió el teléfono móvil al escuchar que timbraba. No reconoció el número pero respondió:

—¿Sí?

—Grina, estás loca de atar —dijo Aínafile—. ¿Por qué te fuiste?

—El suicidio ha sido culpa tuya.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué dices eso?

Grina sintió un impulso incontrolable y se acercó a la ventana. Recorrió las cortinas y encontró una araña, que corrió para ocultarse al ser descubierta. Pese al horror que le despertaban los arácnidos, hizo un movimiento para matarla. Pero justo en ese momento, se detuvo. Más allá del cristal divisó a Aínafile. Tétrica. De pie. En el jardín. Sin móvil en la mano. Saludándola. Grina, sin saber por qué, le devolvió el saludo.

—¿Grina? —preguntó Aínafile al teléfono.

Pero Grina no respondió. Frente a la ventana, imitaba los movimientos de Aínafile que, al modo de un mimo, estiró los brazos como si sujetara una cuerda e hizo un nudo de horca. Luego la lanzó hacia arriba haciendo que pasara por encima de un tubo invisible, del cual pendían cortinas imaginarias. Grina la seguía en la distancia. Sujetó el cordón con el que cerraba y abría los cortinajes de su recámara e hizo un nudo. Luego Aínafile deslizó la cuerda por su cuello.

Sus ojos negros reflejaban la luna como un espejo opaco.

—Oye, provechemos que la facultad está cerrada y vamos a beber algo. Estoy en el bar de la plaza comercial nueva, en el centro. ¿Grina?

Entonces escuchó que alguien tosía ahogadamente al otro lado de la línea.





Héctor Julián Coronado
Cervantes

(CDMX, 1973)

Escribo y tengo un nombre
demasiado largo.

Error de programación

2061

Eugenia contemplaba el Halley en el cielo nocturno y le pedía a su abuelo que le contara cuando vio el cometa en 1986.

—Estaba nublado. Y cuando se despejaba, las luces de la ciudad no lo dejaban ver. Entonces, no podíamos ir más allá de las nubes. En las noches hacía berrinches que espantaban a tus bisabuelos.

—¿Fue cuando decidiste inventar tu jetpack?

—Eso es lo que digo en las entrevistas. Lo cierto es que lo decidí unos años más tarde, cuando fui a casa de tu abuela la primera vez y supe...

—... y supiste que quedaba en lo alto de un cerro.

—Tardaba como cometa cada vez que la visitaba. Tomaba dos camiones para llegar.

Eugenia miró la cauda: una línea tenue que se extendía entre el punto rojo de Marte y el punto brillante de Júpiter.

—¿No sería genial verlo juntos en 2137?

—Sería genial, pero vas a tener que conseguir a otro que te acompañe.

—¿Porque estarás muerto?

—Sí, chica lista, por eso. Yo estaré muerto y tú serás una viejecita voladora, con tus propios nietos que te pedirán que les cuentes siete veces este momento.

Eugenia consideró esa imagen cursi y no le satisfizo. Apostaba que a su abuelo tampoco le gustaba del todo. Iba a contestar pero decidió quedarse callada: temía arruinar la sorpresa que le daría en su próximo cumpleaños.

Después de un rato de mirar el Halley por encima de las nubes, ambos dirigieron sus jetpacks a tierra. En el hangar, Eugenia dijo buenas noches y corrió a su taller. Aún tenía muchos pendientes que resolver para completar el regalo.

Semanas más tarde

Eugenia asistió a la fiesta que los empleados habían organizado. Era una celebración enorme y todos los que trabajaban en la fábrica de Jetpacks S.A. de C.V. estaban presentes. Encontró a su abuelo sentado en la mesa de honor. Fingía estar a gusto entre felicitaciones simplonas y regalos repetidos.

—Creí que estabas en la universidad.

—Vine para felicitarte y darte tu obsequio. Está en el hangar.

Su abuelo sonrió feliz.

—Vamos.

A mitad del hangar había una caja metálica enorme. Tenía una puerta abierta por la que se veía su interior iluminado.

—¿Está ahí?

—Sí.

Ambos entraron y la puerta se cerró automáticamente tras ellos.

Singularidad

—Aquí no hay nada.

—Nada, nada lo que se dice nada, no. Para ser más preciso, deberías decir que aquí hay una singularidad.

—¿Qué hiciste, Eugenia?

—Una cámara de estasis. Encontré una aleación impermeable al tiempo. Se me ocurrió que si hacía una superficie cerrada con ella podíamos meternos y ver el Halley de 2137. Juntos.

—¿Vamos a estar 76 años encerrados?

—Sí, pero aquí el tiempo no tiene sentido. Si no existe ni el antes ni el después, 76 años se sentirán como un parpadeo. De hecho, esta plática que tenemos son nuestros cerebros adaptándose a una situación de omnisimultaneidad.

—¿Cómo saldremos?

—Dejé programada la puerta para que se abra cuando afuera sea 2137. No te enojés. En serio, ¿tenías algo mejor que hacer? Yo no. Sabes que la universidad y mis amigos me aburren. Los jetpacks son chidos pero ni modo de que nomás hagas eso toda tu vida.

Eugenia oyó a su abuelo resoplar. Era lo que él hacía cuando no hallaba qué contestar.

La puerta se abrió y salieron.

Futuro distante

—Eugenia, explícame por qué no estamos en el hangar.

—Ah, creí que era obvio. En la Ciudad de México hay inundaciones, temblores y socavones. Desarrollé un bot para que encargara, con el dinero de tu cuenta de banco, una estación lunar bajo la superficie. También hizo que movieran ahí, o sea aquí, la cámara de estasis. ¿Qué te parece? ¿Quedó bonita, no? El generador de oxígeno perenne, evidentemente, funciona. El diseño está basado en el reactor de tu último modelo de jetpack.

Su abuelo se dejó caer en la silla más cercana.

—En un minuto llamo a la Tierra y alguien vendrá a recogernos. A estas alturas debe haber vuelos interorbitales cada 15 minutos. O mejor aún, quizá alguien inventó un elevador gravitacional.

¡Oh, oh, oh! O tal vez haya teletransportación, como en Star Trek.

—Cometí un error al dejarte leer toda mi biblioteca de ciencia ficción cuando eras niña —murmuró su abuelo.

Eugenia hizo como que no oyó y encendió una terminal para comunicarse a la Tierra.

—Qué raro. Las únicas señales de radio que detecto son las del campo magnético.

—¿Podemos ver el planeta?

—Sí, hay un telescopio en la superficie.

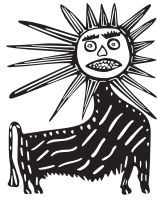
En la pantalla apareció un punto azul pálido. Eugenia ajustó la imagen y comprendió que había cometido un error. Uno enorme.

—¿Qué geografía es esa? —dijo su abuelo.

Eugenia recordó su geología básica e hizo cuentas en su cabeza: si la tensión tectónica de la placas del Pacífico y de Norteamérica movían al continente un centímetro cada milenio y si esa islita era lo que quedaba de Baja California y estaba a tantos grados de longitud oeste y no a los 109 en la que la habían dejado, entonces... ¿decenas de millones? No, falta un cero. Cientos de millones. Cinco de esos aproximadamente. Uy, otro cero más y habrían salido a la superficie del Sol convertido en gigante roja. Brrr.

—Creo que programé mal la fecha de apertura.

Eugenia y su abuelo miraron la Tierra. No quedaban más que ellos dos para ver las siguientes visitas del Halley.





Arturo Núñez Alday

Vino al mundo, pisó el fango
y soñó. Al cumplir cincuenta, al
fin, fue parido por un cuento.

Huellas en el río

Desperté con la misma sensación extraña de los días anteriores, pero ahora el sentimiento de extravío era más hondo. Palpé mis hombros, los huesos de mis codos, mis rodillas; me esculqué el vientre, el pecho, la quijada rígida, la cara; bajé mis manos a los genitales tibios, traté de escuchar el ritmo interior de mis órganos.

Nada, no me encontré.

Mis manos, que no parecían mías, arrugaron las sábanas, interrogaron a la almohada, se asomaron al cajón de madera del buró, con la esperanza de que algún miedo nocturno me hubiera alojado en sus rincones.

No hallaron un sólo rastro.

Mis pies me llevaron hasta el baño, quejumbrosos, como si cargaran al anciano que todavía no soy. Hurgué en el espejo, revisé cuidadosamente, levantándome el pelo, atisbando a detalle mi boca abierta, mis orejas, mis ojos asombrados que lloraban abandono. Creí verme pasar fugazmente en un aleteo de mis pestañas, esconderme en la ceja derecha y saltar luego hacia el lavabo, en el que me fugué por la coladera; fue sólo una ilusión, un pequeño insecto o una partícula de locura.

Yo seguía sin mí.

Ansioso, prendí la computadora, que jamás me pareció tan lenta en despertar. Abrí un archivo con algunas de mis historias más queridas, corrí a toda velocidad por sus renglones, desesperándome por mi ausencia. Ninguna conmoción benévola, ni una mínima simpatía por esos seres de ficción a los que sacudían mis ojos; parecían perros apaleados, niños huérfanos en su cárcel de tinta, personajes resentidos que me daban la espalda.

Con esperanza súbita arremetí contra el teclado. Sobre la planicie desolada de una página desfondé mi exasperación en una catarata de palabras de las que no nacía color alguno, o un pequeño calorcillo reconfortante, o una breve emoción de la que brotara el aleteo nostálgico de un recuerdo, una imagen de luna pálida o el hálito de vida de un personaje que estremeciera alguna frase afortunada.

Salí de casa a buscarme en las calles, en el júbilo ejemplar de mi perro, cuyo máximo placer es perderse en la sinfonía de aromas que detecta su olfato. Me busqué en la eterna algarabía de la vendedora del puesto de frutas, tan llena de vida en su oficio simple, que tal vez me diera alguna pista de mí con su mirada de luz constante. Entré en el corazón de una sandía que se volvió agua en mi boca; y nada. Me escudriñé en el sensual beso de una fresa y detrás de la arisca piel de una tuna; ningún indicio.

Entré en las redes sociales, tembloroso, en un último intento desesperado por encontrar una palabra, ¡una sola!, o una fotografía, ¡una!, que me dieran noticia de la última luz que explotó en mis ojos cuando no estaba perdido. El mundo volcado en la pantalla en una andanada de imágenes y palabras me produjo taquicardia; apenas alcancé a dar clic en “cerrar” antes de que pudiera desmayarme. A punto del colapso, me tiré sobre una tumbona en la terraza y pedí que nadie me molestara.

Fui extraviándome en mis respiraciones, en una nada que se fue tornando bondadosa. Sin pensamientos, rebotándolos cuando llegaban, crucé la línea que me mantenía atado a ése que no era y me hacía sufrir. Me volví una voluta de aire, una isla vaporosa, una gota de luz que me ató a un instante detenido en el maratón del tiempo. Ahí, donde morir o vivir no tenía significado, me vislumbré: era un niño junto a un río, con su morral al hombro y una

resortera en la mano que nunca fue usada, porque ese crío amaba a los pájaros tanto como a las lagartijas. Con azoro en sus ojos, porque tenía miedo de cruzar la corriente, lo vi arremangarse los pantalones y tantear con sus pies en el fondo pedregoso. Era la primera vez que lo intentaba solo, sin su padre, quien ahora lo esperaba del otro lado, afanoso en su labranza. Justo a la mitad del afluente una piedra llana lo hizo caer. Lo primero que perdió fue el sombrero y después el morral con los alimentos que llevaba a su papá. El agua lo arrastró hasta una poza, en la que el instinto de supervivencia lo enseñó a nadar. Enfrentó al pavor y pronto sus manos alcanzaron las puntas de unas ramas de taray. Cuando logró salir río abajo, sin un huarache que el agua también se llevó, ya era un hombre crecido a pesar de sus ocho años.

Volví fortificado de mi regresión. Lloré un mar por ese muchachillo que dejé de ser y que ahora reclamaba asomarse por una ventana de mi vida.

Al otro día subí al auto y me enfilé hacia el pueblo, dejando atrás los reclamos de mi mujer, que había planeado una tarde de cine y comida japonesa conmigo. Al fin me encontré, sentado sobre una roca grande en la punta de la loma, desde la que dominaba el panorama completo del poblado, sus campos de cultivo, la línea del río y los cerros lejanos. Inhalé profundo esos aires perdidos, hallé respuestas en esos paisajes en los que se guardaron mis secretos de infante. Se llenó mi pecho de alegría y mi mente obcecada despejó muchas dudas. Después fui al camposanto y platicué con mis muertos. Por la noche dialogué con los grillos y salí a pasear con los fantasmas por esas calles oscuras donde los dejé olvidados.

Al otro día regresé a la ciudad, conmigo a cuestas. Al llegar a casa, dijo mi mujer que mis ojos brillaban intensamente.

Estaba de vuelta.

Desde el espejo

Cada vez que nos encontramos, tu mirada torva me trae al que eras antes del milagro. Sé que desde hace tiempo se vació el manantial de agua que reposaba en tus ojos, las estrellas que ahí se reflejaban volvieron a un infinito hoy inaccesible para ti. Había parvadas de gaviotas en tus pestañas cuando ella era el borde de tu mar, pero se ha marchado para siempre, y te ha olvidado, como se olvida la fecha de una fiesta que nunca más habrá de celebrarse. Nunca creíste que así sucedería, pensabas que tu amor a cuenta gotas era suficiente para nutrir a una mujer que te amaba como un roble a la tierra; sin embargo, olvidaste humedecerte a diario para ser de continuo el suelo fragante en donde ella enterrara honda y eternamente sus raíces.

¿Aún recuerdas cómo ella te pedía que te acercaras a su cuerpo y su alma?: “Tómame en tus manos como a tus libros amados; así como abres sus páginas siempre vírgenes para perderte en sus aromas de bosque y en el misterio indeleble de los surcos de tinta, así, ábremme; corre dentro y fuera de mí con la punta de tu bondad y tu lengua.” Lo hiciste al inicio, la mitad de tu amor abriendo senderos en lo impoluto de vastas llanuras blancas de papel; la otra mitad, para esa esencia femenina que llegó a tu casa expulsando los fantasmas y los cuervos que la habitaban, llenándola de aires fáciles de respirar, sustituyendo los colores sombríos de las paredes por aquellos que el sol nos regala en la alborada.

Nadie te reconocía en la calle. Nació en ti una sonrisa perpetua que se encaramaba sin dificultad en los ojos sorprendidos de tus amigos. Garboso y casi traslúcido, caminabas por las aceras que se ablandaban a tu paso. A las tertulias a las que acudías para expe-

ler tus fuetes literarios llevaste músicas antes desconocidas en tu boca, delirios gozosos, panegíricos al amor, versos endecasílabos perfectos, impensables en un misántropo como tú. Todo eso te dio ella, quien caminaba a tu lado dando pasos en el aire, tan aferrada a ti que aparece en todas las fotografías tuyas de ese tiempo. En el discurso caótico que eras, su presencia era la pausa perfecta, el punto y seguido preciso, la frase breve y suave que llenó de trinos insospechados tu perorata cotidiana. No importaba si había lluvia, nubes o una guerra, llevabas un sol tan adentro que rayos desconocidos de bondad te regalaron amistades nuevas e incendios de oro en la mirada.

Me gustó aquello en que te convertiste. Por contagio, también a mí me hiciste hermoso. Desde mi lugar en el espejo, silencioso e invisible, fui testigo de cómo al amarla se extendía el tiempo sobre tu cama igual que una sábana. Cada amanecer era una noche luminosa que se continuaba para permitir que la sinfonía de sus cuerpos no muriera, que nada se meneara en el mundo exterior. Esa cárcel de pieles y aromas, paradójicamente, te daba libertad y destino.

Estuve ahí cuando ella te pidió escribir una historia definitiva dentro de su vientre. Como rayo de luz rebotaste por los muros del cuarto, pusiste un ancla nueva al péndulo del reloj y entraste en ella en todas las formas posibles para escribirle adentro tu mejor metáfora.

Algo conflagró en contra del amor: resultaste infértil. No pudieron médicos, chamanes, plegarias y palabreros poner orden en el cosmos que ella y tú conformaron.

Así se tatuó la primera arruga en el entrecejo de ambos, la primera duda. La descubrí una mañana que nos encontramos en el espejo. Quise alertarte, prevenir tu posible caída sobre una cuesta empinada que también me arrastraría. Fue inútil; como un astro

consumiendo lentamente el combustible que alberga en su interior, fuiste apagando tu alegría. Y no importó que ella fuera encantadora y brillante: Afrodita y Atenea. No bastó que tu dama te llevara a otros paraísos y te hablara de otras formas de trascendencia; que abriera, impúdica, las páginas de su cuerpo para que la escribieras.

Una noche subieron ángeles negros desde un inframundo y se apostaron en las ventanas. Los invitaste a beber y, como antaño, te embriagaste con ellos. Regresaron cuervos al quicio de la puerta y el espíritu atormentado de Poe fue llenando cada una de las estancias. Ella trató de expulsar esas imágenes con el arrojado de un amor herido. Se venció ante las sombras que volvieron a brotar de entre las páginas que nuevamente escribías con ahínco violento. Decidió partir, convencida de que entraste únicamente por un tiempo en el solaz de un sueño amoroso, al que un temblor le hizo rajaduras.

Cuando se marchó, ya tenías otra vez agujas en la mirada y tu piel empezó a mostrar descamaciones. Incluso a mí, que te conozco desde siempre, me sorprendió lo punzante de tus ojos, la patibularia expresión de tu rostro, el color negro de tu aura.

También me enamoré de ella, pero sólo soy tu reflejo y no tengo voz ni voto en tu vida. Si lloraras recuperaríamos los dos algo de nobleza; sin embargo, te cuesta tanto.

¿Sabes algo? Estoy cansado de verte. Al menos toma una piedra, rompe el espejo y acaba de una vez conmigo.





Eduardo Oyervides

(Cuernavaca, 1993)

Estudiante de Letras Hispánicas
en la UAEM. Fue becario de vera-
no de la FLM 2015.

Publicó *A deshora*
(Simiente, 2014).

La doble vida

Hoy no se la acaba, comadre. Ya me bajé una musiquita sensualona que lo va a dejar hipnotizado y a mi disposición. Para que vea que no me ando creyendo todo lo que se dice en el internet, “guglié”, como dice mi hija, musiquita erótica porque en Facebook la Galilea dijo que así, ambientando el momento, se podía complacer al marido, al novio o al amante y tenerlo “comiendo de la palma de su mano, señora bonita”. También mencionó algo de “aromas ardientes”, perfumes con hormonas o algo así que ponen bien jariosos a los hombres; la verdad ni presté atención, comadre, me quedé pensando en la musiquita porque me acordé que ayer, en la novela de las nueve ¿apoco no está rebuena?, hubo una escena así cachonda con una musiquita lenta, lenta, entre este moreno ¿cómo se llama, comadre? Ándele, ése, Colunga, sí, el de la espaldota y los brazotes gruesos, mmm, ¿apoco no le gusta, comadre? Ay no se haga, si mi compadre ahorita ni nunca se va a enterar. Estaba él, pues, con la señorita buenona ¿cómo se llama? No, la otra, la pelirroja; la que tiene cara como de diablo y que todos los papeles de villana le quedan al dedillo. Ésa, sí, la que canta algo así como “seré una niña buena”, muy cínica ella, segurito la ha escuchado en La mejor novela y siete punto tres con su amiga “La Niña Rebelde”, comadre. Bueno, ésa.

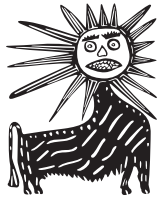
Estaban los dos ¿no? Muchos besos de verdad y arrumacos de los que ya no vemos y jalonsotes que se daban en un cuarto oscuro, quitándose primero él la camisa, dejando al aire sus pechotes, si viera qué fuertes se notan, qué cómodos, comadre, hasta dan ganas de echarse más de una pestañita allí ¿no cree? No se espante, le digo. Y yo soy de las que no cree que sea nomás la televisión ¿no ve que dicen que eso embellece con su magia? Y pues a él no se le ve

nada artificial, la verdad. Luego ella, la niña buena, deja caer el vestido como en cámara lenta mientras mi Colunga le besa el hombro y le aprieta la espalda hasta dejarle marcados los dedos gruesotes que tiene. Dígame algo, comadre, ¿una puede sentir celos por algo así?, ¿es normal? ¿Usted no siente celos cuando ve escenas así en las novelas? Celos de ser ella, de que le hagan todo aquello con esa pasión urgida, no de que se ande refinando a alguien que ni siquiera es suyo. Qué envidia de la buena, caray. ¿No le sucede a usted? Pues ha de cumplirle mucho y bien su marido, porque yo miro a mi Colunga y a la Seoane y después miro frente a mí al aburrido panzón y borracho de su compadre, y se me borra la sonrisa y las cosquillas abajo del vientre; hasta me pongo a pensar por qué hace tanto que esos trotes terminaron, comadre, si todavía estoy rebuena, si todavía deseo y agunto. Así de feo. Por eso me gustan mucho las telenovelas, sobre todo las que pasan a las nueve de la noche porque allí sí ocurren cosas; no que en las otras, las de la tarde, no, no, no, por eso las llaman “barra juvenil” porque puros besitos milimétricos y manitas sudadas o niñitos bonitos en autos de papi que después del antro se estrellan con la chamaca en turno camino al hotel; allí no saben nada de la vida, no gozan ni saben hacer gozar, apenas se van desnudando a desparpajo y medio cayendo en la cama uno encima del otro, cortan y pasan al abuelito que siente que algo malo va a pasar. Cómo la chingan a una, comadre, cortan la inspiración. Y eso mismo es lo que siento cuando después de mi Colunga y la Seoane miro a mi marido dormidote a un lado con la caguama en la mano como yo, comadre, toda caliente.

¿Sí me sigue, comadre? ¿Apoco no le pasa a usted? Pero hoy se termina ese sentimiento, comadre, hoy que por fin voy a conocer al Marlon. Y no se sobresalte, no crea que las cosas entre su compadre y yo andan muy bien que digamos. Usted lo conoce, comadre, no

se haga. Bien sabe lo borracho y mujeriego que es. Si viera que apenas antenoche le encontré no la mancha de labial como en algunas telenovelas, no, no, no, le encontré un brasier entre su ropa, ¡un brasier, comadre! Y allí lo dejé, no lo toqué ni nada, como si tuviera mierda. Pero cuando anoche salió con sus “compas”, porque un tal Yael sacó las chelas quién sabe dónde, que reviso su ropa y ya no estaba el brasier. Así como lo oye, comadre. Es muy evidente ¿no? Se ve con otra, duerme con ella y vaya una a saber desde cuándo me anda pintando otra vez los cuernos con descaro, el sinvergüenza. Pero ya no haré dramas ni siquiera le reclamaré algo, comadre, por mí que se vaya con aquella si muchas ganas le andan ¿sabe por qué? Porque conocí al Marlon por Facebook y me dice cositas preciosas que su compadre nunca me dijo ni me dirá el muy idiota; y aunque a veces yo no hallo qué decirle al Marlon pues me busco unas frases acá que provoquen ¿no?, que vayan en el mismo tono que las tuyas, porque no, comadre, si le leyera las cosas que me escribe mi Marlon, su marido le quemaría los ojos con cerillos por pecadora. Pero no se asuste, caray, eso no va a suceder. Además me manda fotos tuyas semidesnudo, si viera qué hombros, qué brazos como los del Colunga, qué abdomen como ¿quién le gusta? Ay dígame, su marido no se va a enterar. Uffff, sí, ése también está como quiere, el con-de-na-do-te. Un día con calmita se viene a mi casa, su casa, y las repasamos de arriba abajo, comadre. Hasta las quiero imprimir en grandote para colgarlas en mi cuarto, frente a mi cama, para cuándo se antoje ¿verdad? Le digo que debería hacerse su cuentita en el Facebook, comadre, una se encuentra cada cosa que ay Dios, agárrame confesa. Hoy lo voy a conocer enterito, en persona, en un ratito más, comadre, nos citamos en el quiosco, allí donde hay un montón de palomas, quesque va dar una “masterclas” de zumba, ya ve que anda de moda eso y él dice que es instructor. Me dijo “allí te

veo, bombón, a las cuatro, lleva ropa ligera...”, y mí se me infla más abajito del vientre, comadre, de puras ganas; se me hace tarde y apenas es mediodía. Ay no se asuste, le juro que es bien riquísimo sentir, comadre, ya lo estoy viendo dentro de mí, mmmm, no sabe, comadre, sudado, con la sonrisita pícara que tiene en su foto de perfil, ya siento sus manos grandotas recorriendo mi piel, así y así, comadre, mmm, como se lo hace el Colunga a la Seoane, no como mi marido, porque él nomás piensa a ver qué pretexto se inventa para salir de noche y no llegar a casa, para no darme dinero e invitarle otra cenita a la mujer esa; o quién sabe, comadre, a lo mejor tiene otra familia y otros hijos, una doble vida, pues. Ay no, a mí me tiene muy decepcionada esta vida, comadre, ¿a usted no? Por eso el Marlon llegó a mi vida como un Mesías, a devolverme tantita juventud y belleza, por eso lo quiero complacer con la musiquita, hipnotizarlo para mí solita como la Seoane al Colunga, para que sus manos y su piel no vuelvan a cobijar ninguna otra, sólo la mía, comadre, y a lo mejor hasta huimos del país y nos cambiamos los nombres y somos felices para siempre comiéndonos cachito a cachito todo el cuerpo hasta que la palabra Fin aparezca en todo lo alto del cielo, como en las telenovelas. Por eso, comadre, hoy no se la acaba. Y ya me voy, comadre, ya la dejo porque acaba de llegar su compadre, mi marido, y segurito viene hasta la madre de pedo con esos gritotes que está dando en la calle, no sé si los oiga. Ya sabe cómo es él. Después le cuento cómo me fue, a lo mejor y la próxima vez le marco desde Tijuana del teléfono de mi Marlon, ahora que huyamos juntos. Ay tan feliz que me siento..., sí, sí, comadre, ya me voy, adiós.





Alma Karla Sandoval

Autora multifacética. Poeta.
Promotora de las letras y forma-
dora de nuevos escritores.

En memoria de Silvina

Éramos grandes amigos y no teníamos resentimientos sociales; además, la literatura, nuestra causa, era un vapor extraño recorriéndonos. Borges y Bioy hablaban mucho a solas, a veces nos excluían a Victoria y a mí. Buscaban sus espacios y los encontraban en nuestro estudio de La Recoleta. Una jarra de café y otra de té, eran los únicos testigos. La obra de ambos fue creciendo, también sus viajes y la fama que los arropó como la piel de un tigre.

Mi vida al lado de Bioy era rica y en libertad. El respeto que nos teníamos parecía un buen bosque que atravesábamos. ¿Será que toleré demasiado? Él también. No es sencillo vivir con esta imaginación que exige silencios largos, paseos infinitos y muchas horas en soledad para las cartas que llegan de Europa y debo responder casi a diario. Las de Alejandra son las más preocupantes, ¿cómo se las arregla una mujer con su talento para alimentar tanta desgracia?, ¿qué decirle para ofrecer algún consuelo? Es inútil, lo sé.

Decía que con Bioy he sido feliz; agrego que la amistad con Borges significa tener un amuleto en la mano. Por eso temo que se sepa la verdad. Ningún lector, de ningún sitio del mundo, ha sospechado lo suficiente. Existen algunas insinuaciones de filólogos como Ernesto Cabrit, Alonsa di Costanzo y Roger Stephens, quienes reconocen las influencias entre mi esposo y su gran amigo. Cabrit intuye con tiento, escribe un artículo titulado “Voces ulteriores y topografías afectivas”, con el cual casi demuestra que la adjetivación de Borges y la de Casares, es gemelar. Di Contanzo, la gran literata española, escribió el libro *Ficción porteña y futuro probable*, donde lanza la hipótesis de que los argentinos escribían juntos, puesto que, haciendo un exhaustivo análisis de las fechas de publi-

cación, los títulos de los cuentos y novelas, los personajes centrales y los finales de las historias, se deduce que ambas producciones comparten mucho más de lo que se admite, mucho más, y cita: “Es, por momentos, como si se tratara de la misma persona”.

Stephens, para decirlo de una vez, nos fastidió bastante. A él le dio por la psicocrítica, por el estudio a fondo de los complejos, de los traumas, de las ambiciones secretas, de Borges y Bioy. Como detective de una novela policíaca fallida, vivió tres años en Buenos Aires siguiendo a la gente relacionada con sus objetos de estudio. Lo recibí varias veces de buen ánimo, es más, gracias a mis ruegos, Stephens asistió a la fiesta de cumpleaños de Victoria. Ahí entrevistó a todos los escritores publicados en el tercer número de la revista *Sur*. Hablaba un español perfecto, pero su ironía era vulgar y no tardaba en producir desagrado. Estaba seguro de que había algo torcido en la escritura de Adolfo, alguna trampa que hacía brillar sus textos. El estadounidense conocía mejor la obra de Borges, a la que acusaba de ser un plagio de Edgar Alla Poe y un juego fútil, más efectista que intertextual. Para él, lo mejor del autor de *El Libro de Arena* era cuando se mostraba humano, apasionado, efímero, precisamente como Bioy Casares. De ahí que suponía que algunos textos borgianos no estaban escritos por él, sino por otro, un doble que no era el de los cuentos de *El aleph*. Por desgracia o por fortuna, el azar quiso que Stephens perdiera la vida en un extraño accidente llegando a las afueras de Nueva York. El infinito estudio que preparaba sobre la literatura argentina nunca vio la luz. Sus alocadas suposiciones quedaron en el olvido.

Sólo yo sé exactamente lo que ocurre y no fue sencillo darme cuenta. Debí leer mucho sobre la historia de los autómatas, esas raras máquinas que imitan la figura y el movimiento de los seres animados, y que con el paso de los siglos cada vez son más com-

plejas. Desde la estatua de Osiris, con el fuego que arrojaba por los ojos gracias al ingenio egipcio, pasando por la obra de Herón de Alejandría, quien explicó la creación de mecanismos basados en los principios de Philon o Arquímedes con los cuales se pudieron crear marionetas capaces incluso de hablar; hasta el autómatas de Leonardo Da Vinci, vestido con armadura del Medievo y creado en 1495. Desde el *Libro de Mecanismos Ingeniosos* de los hermanos Banu Musa, hasta las revelaciones de Jacques de Vaucanson, un gran relojero con conocimientos de anatomía y mecánica, que demostró en sus autómatas la relación de principios biológicos básicos como la circulación, la digestión o la respiración. En fin, leí todo, desde las muñecas chinas de porcelana, hasta las máquinas parlantes que jugaban ajedrez en Estambul.

Fue una tarde de octubre de 1939, la brisa de Puerto Madero era en un viento cálido de primavera que envolvía con dulzura el centro de Buenos Aires. Jorge Luis llegó puntual a nuestra cita de las cinco para tomar el té. En las manos traía unas galletas ligeras en forma de flor. El saco oscuro, los pantalones almidonados y la brillantina que le dejaba la frente libre. Abrazó a mi esposo con un gusto chocante. Comprendí que necesitaban hablar a solas. Entraron en la biblioteca que también es el estudio de Bioy.

Unos minutos más tarde, le pedí a Vicente, el mayordomo, que me dejara llevar el té, las galletas de mantequilla y unos pequeños alfajores oscuros por dentro y fuera. No suelo hacerlo, pero la intuición me obligaba. Antes de tocar a la puerta, el silencio del cuarto me sorprendió. Pensé que habían salido y regresé a la cocina para preguntarles a los sirvientes si habían visto salir a los señores. Respondieron un no rotundo y explicaron que, seguramente, los narradores hablaban en voz muy baja y que por eso no los había escuchado. Decidida a demostrar que no, regresé con la charola al

estudio. Los encontré departiendo con alegría sobre religiones y verbos en alemán.

Callé, pero estuve alerta desde ese día. Mi imaginación se hizo pequeña frente a la curiosidad acicateándome. Preguntar directamente qué había pasado era un arma de mal gusto que Bioy no aceptaría. Debía ser más sutil o bien, comenzar a espiar las visitas de Borges. Confieso que la idea me dio escalofríos, pero como la música de un verso que no se puede callar, era imposible sacarla de mi mente. Un inesperado viaje a París ayudó a que olvidara el asunto durante un año. Ignoraba que Adolfo huía de una amante de rostro ecuestre quien lo había amenazado con decirme todo, incluso que había quedado embarazada. No lo supe sino hasta después, cuando esa aventura ya no era sino un triste dibujo borroso en nuestra historia.

Francia nos unió de nuevo y frente al Teatro de la Ópera, en un arrebató leve que me hacía besar los ojos azules de Adolfo, le pregunté por aquella tarde en la que el silencio de la conversación me había asustado. Dijo no recordar ni entender la pregunta. Solicitó, para evitarme desvelos, que no dudara en pedirle explicaciones de inmediato cuando un resquemor como aquél me asaltara. Nos abrazamos fuerte y luego cenamos en el Ritz. Cuando nos sirvieron unos caracoles negros, brillosos e inolvidables, Bioy empezó a contar que escribiría otra novela. Ya tenía el argumento: un intelectual venezolano naufraga en cierta isla donde los habitantes sufren de una rara enfermedad y repiten sus actos diariamente.

La historia tiene como eje narrativo una máquina que proyecta recuerdos. La idea era portentosa y sabía que Adolfo, con su talento y disciplina, la iba a concretar tal y como la explicaba.

No imaginábamos entonces que se convertiría en un libro perfecto.

Volvimos a Argentina y los dos nos encerramos a escribir. Borges llamó a los pocos días para invitarnos a cenar. Nos vimos en un restaurante de San Telmo y entre vinos franceses, los dos acordaron retomar sus visitas que serían, ahora, semanales. Sospeché de inmediato, ¿por qué formalizar esos encuentros precisamente ahora? Hasta donde sabía, Borges estaba muy ocupado con la *Antología clásica de la literatura argentina* que no lo dejaba dormir tranquilo. Cené casi en silencio y no lo notaron. Hablaban con emoción contendida de los libros que verían la luz en el futuro cercano.

El primer reencuentro me enseñó que llevándoles el té no descubriría nada. Sucede que Bioy comenzó a poner el cerrojo y pedía el té por anticipado. Él mismo mandaba a comprar los panecitos con dulce de leche. Era cierto, ocultaban algo espinoso.

La mañana del 18 de julio de 1940 hacía un frío atroz. Entré a la biblioteca con el pretexto de buscar un diccionario de latinismos. Me detuve frente a un mueble alto y profundo con dos puertas que, al abrirse, mostraban las primeras ediciones de los volúmenes más costosos. Había espacio para que una persona entrara en esa especie de alacena. Así lo hice y noté que, con las puertas cerradas, quedaba una abertura por la que se podía ver al exterior. Ahí debía esconderme, pero tendría que tener en cuenta los horarios y una excusa.

Llegó el miércoles. El mayordomo informó que Borges llegaría a las cuatro, una hora antes del té, bebería algún aperitivo y luego iría a la biblioteca. Así que yo entraría en el mueble después del almuerzo, a las tres, cuando Adolfo tomara su ducha de la tarde. Mientras se desvestía, le dije que iba a pasear por Corrientes buscando dos diccionarios modernos. Él sugirió que los mandara a comprar porque las tardes eran gélidas. Lo convencí hablándole de mi aburrimiento y la necesidad de observar a la gente en la calle

para decorar mejor mis historias. Me dio un beso. Lo abracé y salí de la habitación.

Mi falda, con sus dos holanes duros, reducía el espacio dentro del mueble. Pensé en quitármela, pero sería terrible que me descubrieran con las piernas desnudas, así que me las arreglé para estar lo menos incómoda. El aire era poco y debía respirar despacio. Recuerdo que nunca me dio más gusto ver entrar a Borges usando un traje azul marino. Cuando él comenzó a revisar los títulos de cada librero como si buscara algo, como si me buscara, mi corazón emprendió tal carrera que temí por sus diástoles. Bioy lo alejó del recorrido asegurando que no teníamos nuevas adquisiciones, que era yo la que, quién lo diría, había salido a buscar nuevos libros.

Ambos tomaron asiento y con sendas tazas de té, charlaron sobre revistas y periódicos. No sabía que Adolfo tenía entre manos lanzar una publicación, dirigirla, concentrarse en esos menesteres. Los pies se me estaban entumando y ocurriera lo que ocurriera, no podría salir de ese escondite. La conversación entre ellos se hacía infinita. Fue Borges quien vio el reloj y dijo: “Ya es tiempo”. Bioy se levantó. Quitó los cinco tomos rojos de las obras completas de Shakespeare que estaban en el tercer librero y éste, como una puerta, se abrió. Me mordí los labios para no gritar porque acto seguido, vi una máquina parlante con forma de hombre cuyos rasgos moros sorprendían por la fidelidad del dibujo. Se movía lentamente y su voz poseía un eco metálico. Borges le alcanzó una silla. Bioy fue por dos libretas y un par de estilógrafos. Sentado, el autómatas reveló que debían darse prisa porque su mecanismo iba a necesitar más cuerda pronto. Luego dejó caer sus párpados de madera oscura y dictó el final de *La invención de Morel*. Habrían sido dos páginas. Abrió los ojos de nuevo. Miró a Borges y le habló de un jardín con senderos que se bifurcan.

Al último, el humanoide pidió que lo ayudaran a levantarse. Antes de volver a la profundidad del muro de donde había salido, explicó que el alma es una serie de proyecciones iónicas, que Platón estaba en lo cierto y este mundo es una caverna más grande y más desconsoladora de lo que imaginamos. No pude contener las lágrimas. Cuando Bioy colocó los libros de Shakespeare donde iban, juré guardar el secreto. Tenía un centenar de preguntas, decenas de reclamos y, sobre todo, un horror que iría asentándose, un conjunto de emociones que no alcanzo explicar. Fue la máquina, debo admitirlo, quien me dictó varios poemas.



Eder Talavera

Narrador. Psicólogo conmovido
por una idea: los seres humanos
estamos hechos de palabras.

Cuidar la vida

Cuidarse del frío, del hambre, del sueño. De los extraños. Cuidado de avisar si tienes ganas de hacer pis. Cuidado de cagar dentro de la bacinica, no en la orilla, dentro. Cuidado de jugar con Superhéroes y no con muñecas. Cuidado de no llorar, de no parecer maricón. Cuidado de pronunciar bien tu nombre. Cuidar que no se salga el perro. Que tu madre no llore. Que tu padre no se vaya. Cuida a tu hermano y préstale tus juguetes. Cuidado con desobedecer a la maestra. Cuídate de tus nuevos compañeros. Especialmente de los que dicen malas palabras. Cuida tus cosas, tu mochila, tus tareas. No. No te pases de la línea. Dibuja con cuidado. Cuida tu almuerzo y cuida a una chica. Cuida tu forma de andar en bici. Cuidado con los coches y cuidado con no comerte la ensalada. Cuida que no te vean tirar la cebolla. Reza para que te cuiden. Cuida a tus amigos. Cuida tu forma de correr y no tires el balón por un lado. Cuida tus rodillas. Cuida que los del equipo no te tomen de tonto. Cuídate de no cagarla. De juntarte con los populares. De hablar de cosas que den gracia. De saludar a tu tía. Cuida que no te vean tocándote la flauta. Que no sepan que le has visto el culo a Beatriz. Cuida tus monedas. Son pocas, pero sirven para invitarle algo a tus socios. Cuida estar en onda. Cuida tus modales en clase. Cuídate de saltar la barda sin que te atrapen. Cuida que no se enteren en casa. Cuidado con los cigarros. Con las cervezas. Con los amigos de Miguel. Cuidado con que te rompan la madre. Cuidado con su derecha, con su izquierda y con sus patadas. Cuidado con esa nariz y con las marcas en la frente. Cuidado con tus profesores. Cuidado con que te rompan el corazón. Cuidado con Laura. Cuidado con besar sus labios. Con tocar sus senos. Con el huracán que sale

de tu zipper. Con las noches de duda. Cuídate de no embarazarse a nadie. Cuídate de los que quieren con ella. Cuida a tus hermanos. Cuida a tu abuelita. Cuida que no molesten a tu mamá. Cuida que tu papá se sienta orgulloso. Cuídate de no reprobar las materias. Cuida tu cuarto. El suelo que pisas. Cuídate de la lluvia. De mucho sol. De todo el frío. De no salir sin suéter. Cuídate de Rodríguez. Te anda buscando. Cuida tus espaldas. Cuida no irte de fiesta sin permiso. Cuida recordar la velocidad de esa carretera. La música. Cuida a tus amigos. Cuida que no sepan que chocaron. Cuida que tu madre no se infarte. Cuida vestirse bien. Cuida peinarte bien. Cuida que tus historias llamen la atención de tus compañeras. Cuida escoger un buen lugar para que te digan que sí. Cuida que estén bonitas. Cuídate de no parecer nervioso. Cuida tu futuro. Cuídate de no ser un vago. Cuidado con no entrar a la universidad. Cuida que todos sepan que eres interesante. Cuida que tus padres te vean estudiando. Cuídate de presumir tu futuro con las vecinas. Cuida tu proyecto final. Tu titulación. Tu nuevo trabajo. Cuídate de llegar puntual. Cuídate de Jiménez. Te tiene envidia. Cuida que alcance la quincena. Que parezca que ganas lo justo. Que estás creciendo. Que eres independiente. Cuídate del desempleo. De la soltería. De los bancos. De los impuestos. De las enfermedades. De las muelas. Cuida que tu camisa no descuadre. Cuida tu aspecto. Cuídate de la pobreza. De vestir pantalones rotos. De andar a pie. De no encontrar al amor de tu vida. Cuídate de ya no parecer tan joven. De resistir el salario. Cuida a Mónica. Cuida que sea buena muchacha. Cuida que crea en Dios. Que le guste a tus padres. Que no te vea mirar a otra mujer. Cuídate de engordar. Cuida que siempre te ame. Que le guste cómo besas sus caderas. Que se sienta protegida cuando

cierra los ojos. Que se divierta cuando está contigo. Que piense en ti. Que le guste el anillo. Que se sienta feliz. Cuida que tus colegas no te abandonen. Cuida que tus hermanos no te abandonen. Que tu familia te vea fuerte. Que se sientan dichosos porque tienes que ser padre. Cuida tus derechos. Cuídate del patrón. Cuida tus sueños. Cuidadito con no ser un jefe simpático. Un hijo agradecido. Un esposo fiel. Un emprendedor. Un hombre de negocios. Un buen papá. Cuidado con el embarazo de tu mujer. Con su médico. Con el lugar donde nacerá tu princesa. Con las cuentas del hospital. Con los gastos de la casa. Con no dejarlas solas. Con despertar cuando escuchas su llanto. Con despertar cuando no lo escuchas. Con abrir la ventana cuando quieres que conozca las estrellas. Con cerrarla cuando está fresco. Cuidado con los cambios de humor de tu chica. Cuidado con tus cambios de humor. Cuidado con olvidar las vacunas. El biberón. La sábana. Las horas de comida. Cuidado con no avisar en el trabajo. Cuida que el despertador suene. Cuida que el pastel del primer cumpleaños sea costoso. Que no les falte nada. Que los tres salgan bien en las fotografías. Que disfrutes el momento. Que no olvides tus obligaciones. Las fechas importantes. Como pagar el teléfono, o la luz, o la navidad. Cuida que pongan un buen arbolito. Cuida los juguetes. Cuida que sean muñecas que a ella le gusten. Que el siguiente año tomen unas vacaciones. Un descanso. Cuida tus dolores de cabeza, espalda y rodillas. Cuida comprar un televisor más grande. Cuida mantener el amor. Cuida el color de las flores. Cuida la cama. Cuida que a ella le den ganas. Cuida que tú no las pierdas. Cuida no tomar mucho café. Cuida tu corazón. Cuida disimular tu calvicie. Cuida hacer un poco de ejercicio. Cuida que tu hija camine. Hable. Sonría. Que no lllore cuando vaya al

colegio. Que aprenda todo. Que te vea entero. Que no sepa que perdiste. Que no escuche las discusiones. Que no sufra. Que no sienta pena. Que no encuentre malas compañías. Que reciba premios por sus buenas notas. Que reciba una reprimenda justa cuando actúa como una desconocida. Que se vista decente. Que no pregunte por novios. Cuida que tu esposa no te vea feo. Que el chico que está en la puerta sepa que tú eres el papá, no su amigo. Cuida que ella no vea que el tipo te desagrada. Cuida que la traiga a sus horas. Cuida que no se vaya de fiesta. Que sea como su mamá, que nunca probó un vicio. Cuida que persiga sus aspiraciones. Que busque salir adelante. Que se le abran las puertas. Que aprenda a reconocer a los que son hijos de puta. Que aprenda a manejar. Que no salga sola. Que no salga con ese sujeto. Que no la abrace enfrente de ti. Que no le diga cosas bonitas. Que ella no sepa que te dan ganas de partirle el hocico. Que entienda que aún es muy joven. Que no te vea llorar. Que vea que haces un esfuerzo por llevarte bien con él. Cuida invitarlo a las comidas. Preguntar sin hacer gestos. Cuida que ellas sepan que las amas. Que te duele que todo haya pasado tan rápido. Que no sabes qué hacer. Cuida comprar un traje elegante para la boda. Cuida mantenerte gallardo y decir cosas elocuentes. Cuida que tu hija te vea pleno. Que tu esposa no decaiga. Cuida visitar a tus padres. Cuida que se recuperen pronto. Cuida que alguien los cuide. Cuida estar preparado. Cuida llorar lo suficiente, pero luego cuida los trámites del entierro. Cuida ponerles una veladora. Cuídate de no caer por las escaleras. Cuida tus próximos años. Tu inactividad. Tu cansancio. Tu lugar en la mesa. Tus deseos de seguir incendiando el cuerpo de Mónica. Cuida llevarla al médico. No olvidar las recetas. Los horarios. Cuida que Huguito no te vea viejo.

Cuida abrazar su infancia. Sus palabras. Cuida que sepa cómo se dice “rinoceronte”. Cuida que vea las fotos de tu juventud. Que sepa que eras guapo. Que te gustaba bailar con las chicas. Que conociste a su abuela cuando ella cruzaba la calle. Que él puede jugar el tiempo que quiera. Que tu tos pronto pasará. Cuida que nadie sepa que has olvidado algunas cosas. Que nadie se entere de que extrañas a tus padres. Cuida pensar en la muerte y tener fe en lo que sigue. De aquél lado, es probable, te tendrás que cuidar.



Poetas

- 6. Denisse Buendía Castañeda
- 10. Máximo Cerdio
- 16. Diana Higuera
- 18. Miauricio Jiménez
- 22. Miriam Ponce
- 28. Luis Ronces
- 34. Davo Valdés de la Campa

Cuentistas

- 40. Roberto Abad
- 48. Andrea Ciria
- 56. Héctor Julián Coronado Cervantes
- 62. Arturo Núñez Alday
- 70. Eduardo Oyervides
- 76. Alma Karla Sandoval
- 84. Eder Talavera

Esta es una publicación digital realizada con
la autorización de los autores. Todos los
derechos pertenecen a ellos.
Lengua de Diablo Editorial 2018.
Cuernavaca, Morelos.

